

REGOCIJAOS EN EL ABISMO

STEPHEN SPENDER

VERSIÓN Y NOTA DE AURELIO MAJOR



"Cuando consideré las injusticias prevaletentes y la debilidad futura que entrañaba el sistema en que vivía, quise estar en el bando de los que acusan, los instauradores del socialismo mundial. Pero al dar ese paso, al cambiar dentro de mí el sitio de la lucha, del campamento burgués al comunista, no me descubrí convencido por el comunismo", escribió Stephen Spender (1909-1995) en *World Within World*, su precoz y excepcional autobiografía publicada en 1951. Con su muerte se cierra la puerta del polémico grupo de escritores ingleses de la década de los treinta —"la década desastrosa", diría Cyril Connolly—, entre quienes se encontraban Isherwood, Macneice, Day-Lewis, y cuya inteligencia más relevante y sensible sin duda fue la de Auden. Una generación llevada a la actividad política porque los acontecimientos mundiales presentaron situaciones frente a las cuales resultaba imposible no tomar partido (las consecuencias de la caída bursátil de 1929, el fascismo, la guerra civil española).

Testigo europeo, como reza el título de otro de sus libros, Spender relata en esas páginas sus estancias en Berlín —y no en la Ribera Izquierda como era costumbre entonces—, lo que marcó para siempre su obra; los primeros entusiasmos por el marxismo y su posterior decepción; su amistad con Eliot o con los Woolf. Traductor de García Lorca, durante aquella década visitó España tres veces, en 1934, por una temporada en 1936 (el mismo año en que Orwell combatió, al igual que muchos otros ingleses que no sobrevivieron, en las trincheras en defensa de la República y se vio obligado a huir del hospital donde convalecía amenazado de muerte por los comunistas) y una breve estancia en 1937, como delegado al Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (no sólo para enfrentar la responsabilidad del destino de Europa que allí se jugaba, sino por "mera decencia").

Convencido de que la historia no ayuda ni perdona, como escribe Auden en un poema, pero a la vez discrepante de la idea de que cada uno lleva un criminal dentro, como este último también postulaba, Spender se ocupó principal-

mente de "Nunca permitir que el tránsito sofoque, poco a poco, / con ruidos y con humo, el florecimiento del Espíritu".

Es verdad que no fue un gran poeta, y sus primeros libros son los del "revolucionario simplón" como alguna vez se dijo. No obstante, escribió muchos poemas dignos de nota, sobre todo en su obra posterior a los años 40. Él mismo supo, así lo escribe, que no tenía genio, tal vez ni siquiera talento, y sin embargo se dio cuenta muy pronto del momento histórico privilegiado del que fue testigo lúcido y comprometido y del que nos deja páginas entrañables. Honrado ante sus propias flaquezas y aciertos, fue también crítico frente a sus posturas morales e intelectuales. Sin substituir al dios del marxismo por otro, no se dejó llevar nunca por el anglicanismo de Auden o por el vedantismo de Isherwood, cuando éstos abandonaron Inglaterra en 1939. Aunque tampoco se volvió un crítico; al contrario, siguió teniendo preocupaciones políticas. Supo distinguir entre el fracaso del comunismo y los principios que era preciso defender (entre otras cosas, protegió y hospedó a Brodsky en Londres cuando éste huyó de la URSS): seguramente coincidiría plenamente con esta afirmación de Octavio Paz en el cincuentenario del Congreso de Valencia, ("El lugar de la prueba") y al que Spender también asistió: "No somos plenamente sino en los otros y con los otros: en la historia".

Spender escribió en alguna ocasión: "tal parece que la lección del siglo XX es 'la vida es la crítica de la vida' y en donde el gobierno absoluto suprime la crítica sólo queda la muerte". Fiel a esta observación, fue miembro fundador de una de las revistas necesarias de estos últimos años, *Index on Censorship*. Continuó así con una historia editorial que incluyó *Horizon* (1939-1941), con Cyril Connolly y *Encounter* (1953-1967), a la que renunció de inmediato cuando se descubrió que era financiada por la CIA.

Si bien este poema de tono apocalíptico, —incluido en *The Edge of Being* de 1947—, acaso no sea uno de sus mejores, sí nos deja ver plenamente la importancia y validez de su postura:

REGOCIJAOS EN EL ABISMO

A E.C.C. Las calles atestadas de profetas

Cuando los cimientos y los pilares
 [trepidaron
 me estremecí, y en la oscuridad me aterró
 la foto que mi cráneo habría tomado
 a través de la cuenca de los ojos, en el
 [instante del destello
 cuando la casa en ruinas arrasaba
 toda impresión de mi vida iluminada por el
 [sol,
 en la imagen del horror último
 que me cubre con un destino irremediable.

Pero la palpitación cesó y hubo vidrios a mi
 [alrededor.
 Me levanté entre el polvo acre y en la noche
 anduve entre el estruendo de las casas,
 como un profeta en busca de las lenguas de
 [la llama.

Ante un fondo de nubes vi las casas
 postradas, expuestas a la abyecta
 plegaria egoísta y centenaria: "¡Librame
 [esta noche,
 oh Fortuna, de la desgracia que azota a mi
 [prójimo!"

Y la cabeza abierta de todo hombre vivo
reveló la misma súplica impudente.

Entonces, en la noche helada y sorda
 a nuestro sino interno y sulfuroso,
 vi a los muertos de los años flotar en la
 [marea
 suave entre espuma de estrellas
 sobre la ciudad, cuyas tapias de carne y de
 [ladrillo
 son moradas transitorias
 del espíritu viajero del parto al cementerio.

[londinenses,
 santos del Jardín de Covent, de las colinas
 [del Parlamento,
 del Brezal de Hampstead, de Lambeth a la
 [iglesia del bosque de San Juan
 aullaban con voz fanática y vulgar:
 "¡En el centro de la vida está la muerte!" y
 [todos se postraron
 a rezar ante la miseria manufacturada
 de la mina, el buque y el horno, ante
 la codicia de los mercaderes y las vanas
 [esperanzas eclesiales.
 Jugaron con los niños y se maravillaron con
 [las flores
 y abrieron las puertas bajas para invitar a
 [los ángeles
 que alguna vez escalaron las torres tiznadas
 como el deshollinador o el que repara
 [campanarios.

Y cantaron: "Nosotras, almas de la sima,
 danzantes en la paz helada del aire
 [altísimo,
 versadas en las comarcas estelares
 ahora decimos: '¡Regocijaos en el abismo!'
 Pues hueco está el cráneo, vacuidad
 es el oro flotante de la cruz de San Pablo.
 A menos que aceptéis que el vacío
 es el centro de vuestras obras y amores
 bajo las campanas de la dedalera y de la
 [torre,
 toda empresa humana será abnegación
 [estupefacta
 y toda vida se nutrirá de la desgracia ajena
 y el rostro suplicante y desvergonzado
 de cada hombre rezará por librarse
 de la calamidad que azota el rostro de su
 [prójimo".